

La anomalía Mario Tronti

Genealogía de una operación

Por Mario Greco

Emulando el ejercicio (definido de manera magistral por Kant en su “Was ist Aufklärung?”) de la doble autoconciencia iluminista sobre *nuestra actualidad y nuestro rol en esa actualidad*, este apartado propone ser pronóstico y testimonio de lo que hemos dado en llamar “Operación Mario Tronti”.

Dicho de otra manera, lo que expondremos en estas líneas es la culminación de un proceso que reconoce varias temporalidades (entendemos como *culminación* un punto de cristalización al que le asignamos arbitrariamente un sentido superlativo), que al mismo tiempo se plantea como inicio de un movimiento de interpeelación y relectura de las propias tradiciones, así como un auspicio de lecturas que habiliten una nueva crítica del presente.

La figura epicentro de la operación, Mario Tronti, reconoce en este proceso dos hitos domésticos, personales, que bien podrían incluirse en una genealogía caprichosa y que pueden sintonizar bien con las tesis foucaultianas de las discontinuidades que emergen como *Erfindung* (invención) contrastando con cualquier determinismo.

Dos nombres propios, Roccella Ionica y Cervicati. El primero, el *piccolo paesello* de Reggio Calabria de los ancestros de Pancho Aricó; el segundo, el minúsculo pueblo cosentino de ochocientos habitantes donde nació Pasquale Serra. A mediados de los 80, mientras buscábamos dirección para una tesis que escribíamos con Marcelo Altomare sobre “Lógica y política en los escritos de Kreuznach” (que nos obsesionaba con el presuntuoso objetivo de demostrar la existencia de una teoría de la política en el Marx de 1842-43), convencimos por fin a Pancho, quien nos arrojó sin mediaciones a enfrentar una tradición teórica mucho más rica que nuestros

devaneos sobre Gramsci. Hubo que vérselas con los Della Volpe, Colletti, Luporini, De Giovanni, etcétera. Pronto descubrimos en la propia biblioteca de Aricó un manantial que explicaba no sólo su vínculo con esa producción filosófica política sino también con la “experiencia del comunismo italiano”. De pronto, una de esas habituales tardes de mate en el viejo Club de Cultura Socialista la conversación se desliza hacia nuestros padres italianos, la *regione* Calabria, un intercambio sobre las novelas de Raschella y Dal Masetto... y la irrupción de Roccella Ionica que precede a un largo relato de Pancho sobre su excursión a los orígenes. Algo ocurrió aquella tarde que produjo un salto cualitativo en nuestra incipiente relación, algo del orden de la amistad. Aricó sale un minuto de la escena, regresa y me obsequia un ejemplar de la revista *Critica Marxista*, número 1, 1982 (año 20). Allí, un artículo de Mario Tronti, sobre el que volveré más adelante: “Il partito dei soggetti” (El partido de los sujetos).²

Treinta años después, Martín Cortés me comenta que está organizando un curso sobre marxismo italiano que se va a dictar en el Centro Cultural de la Cooperación y estará a cargo del profesor Pasquale Serra de la Università di Salerno. Un grupo de investigadores del programa **Lectura Mundi** se trasladan durante una semana a escuchar

1. M. Tronti, “Il partito dei soggetti”, en *Critica Marxista*, Nº 1, 1982, año 20, Roma, 2002.

las clases del profesor Serra, que con la serenidad típica de un sabio, pone en cuestión algunos de los tópicos intocables de la traducción argentina en torno a las polémicas del pensamiento de la izquierda italiana. El expositor conoce con erudición esa historia intelectual y tiene largamente estudiado el fenómeno del “comunismo italiano” al que denomina la *anomalía italiana*. A él se refiere con profundidad en su libro *Americanismo senza América. Intellettuali e identità collettive dal 1960 ad oggi* (2002). A la sorpresa por la heterodoxia evidente de los planteos de Serra se le suma una cierta sensibilidad compartida respecto de algunos valores que merodean de manera bastarda los términos intelectualmente correctos de la teoría: acomete con largas digresiones sobre contingencia y trascendencia, polemiza críticamente con el inmanentismo de ciertas variantes del autonomismo. Ya en la segunda jornada está por abordar el capítulo del operaísmo y se produce la interrupción regular para el café y su cigarrillo. Me acerco a preguntarle sobre Nápoles y me comenta que nació en un pequeño pueblo de la provincia de Cosenza en Calabria, Cervicati. La inercia de un *déjà vu* me lleva a nombrar el pueblo de mis padres, Mandatoriccio, Pasquale se detiene y conmovido recuerda a las maestras de la escuela primaria que provenían de ese paraje sobre el mar.

Terminada la interrupción, Serra se sumerge en el acontecimiento mundial

que significó la aparición de *Obreros y capital* de Tronti, despliega la *storia* de Quaderni Rossi, el autonomismo, el largo 68 italiano, la crisis del comunismo... Fin de esa historia.

Luego del seminario, largas jornadas de intercambio en las que todo se pone en común, su amplio conocimiento de la producción teórica vernácula (de Germani a los gramscianos argentinos, de Cooke a Horacio González y Ernesto Laclau) junto a interrogatorios exhaustivos sobre la cuestión que retorna acerca del fracaso del proyecto de la *sinistra* italiana. Y en ese fárrago de encuentros, comienza a emerger el pensamiento y la figura singular de Mario Tronti. Serra será, entre nosotros, el encargado de desplegar ese perfil al punto de convertirlo en un ser entrañable. Tronti, el hijo de *contadini* (campesinos) comunistas cuya casa paterna aún conserva, que toma el transporte público para asistir a las sesiones del senado y que tiene una obra filosófica y política de una densidad desconocida en estas tierras. Como ocurre en estos casos, los prejuicios frente a un pensamiento ignorado, no consagrado por los circuitos legitimados en las castas académicas, funcionan como una alerta, que se desvanece cuando abordamos sus textos. De allí la importancia del extraordinario estudio preliminar de Micaela Cuesta al primer libro de Tronti editado en español para América Latina por la editorial Prometeo: *El enano y el autómata. La teología como lengua de la política*. Un trabajo que resuelve con profundidad y claridad todos



los inconvenientes que surgen ante un pensamiento que hay que ubicar retrospectivamente en el marco de lecturas pretéritas, y además entender que se corre el riesgo de un “giro”, que nos lleve a desafíos teóricos incómodos, o al menos no tan confortables. Ese es el gran mérito del texto de Cuesta, del que adelantamos unos fragmentos: el de aceptar el reto personalmente, leer sin prejuicios e introducirnos sin traumas en el universo Tronti.

Antes del próximo paso, una aclaración imprescindible sobre la apelación al término *operación*: en rigor ya hubo una “Operación Mario Tronti”, y es la operación que el posoperaísmo autonomista hizo con su texto clásico, desconociendo implícitamente el recorrido posterior de nuestro autor. Con reconocimiento benevolente y magnánimo, Toni Negri confina de alguna manera a Tronti en el momento histórico de esa secuencia y lo reduce a su *Operai e capitale*. Ese era el lugar que la historia intelectual hegemónica había elegido para él. Pero como se advierte en el propio texto que Tronti escribe con motivo del 50 aniversario de *Obreros y capital* (del que publicamos una traducción en este suplemento), Tronti asume el agotamiento de las revoluciones del siglo XX en las revueltas de los 60-70, ese tiempo recordado bellamente porque la escritura estaba dictada por “las exigencias del hacer”. La idea de agotamiento estará muchas veces asociada a la preocupación trontiana de no consumir toda la energía vital en una contienda, preservar todo plusvalor de vida para un más allá de la contingencia. Desde aquel hito, Tronti eligió un camino que no evadió ningún desierto (ni el de la academia ni el de la política) y alumbró una reflexión teórica sofisticada y densa. Sin abandonar jamás la interlocución con la undécima tesis, reformulada en su “pensar extremo y el actuar prudente”.

Dicho esto, ¿por qué esta “Contraoperación Mario Tronti”?

Las palabras finales de la “Advertencia” a la edición de *El enano y el autómata* son: “Dedico entonces este libro a las jóvenes generaciones, si las habrá aún, de intelectuales políticos”. Un gesto de amor al discípulo desconocido, lanzado a un vacío en el que aguarda confirmación el escepticismo campante de estos tiempos o la ilusión siempre viva de quienes despliegan un *sapere aude* al servicio de lo colectivo. Extremismo del pensamiento implica la voluntad férrea de superar la doble trampa del sentido común decadente de los medios masivos en tiempos de posverdad y los laberintos autocentros y sin referencias del *paper* académico. ¿Cómo prepararse para la acción si no se puede pensar hasta los límites de esa acción? Allí se concentra el germen de una obra que debe ser estudiada con cuidado. Porque no renuncia a comprender el gran siglo XX con sus grandes tradiciones ideológicas, porque reconoce la “grandeza irreplicable” de Marx, pues en “su aventura humana está, grabada, la existencia simbólica del intelectual revolucionario, esa figura

Operaísmo y revolución*

Por Mario Tronti

Queridos compañeros:

Gracias por este recuerdo de un ya viejo evento. Cincuenta años, medio siglo, esta es la distancia desde ahora. Es mucho tiempo. *Actualités*, dicen ustedes, de *Obreros y capital*. En plural. ¿Existe entonces, podría existir, más de una? Por otro lado, entre lo actual y lo inactual existe, después de Nietzsche, mucha ambigüedad. ¿Qué es mejor ser? En aquel entonces, a los 30 años, me sentía y quería ser más actual de cuanto me siento y tengo ganas de ser inactual hoy en medio de mis 80 años.

Fue una linda e intensa experiencia aquella del operaísmo. Una novela de formación para jóvenes mentes antagonistas, que ha dejado un saber de presencia y de lucha, transmitido hasta hoy a sucesivas generaciones con una quizás única creativa continuidad. Signo de que la semilla era buena y el terreno sobre el cual caía, y donde todavía hoy, después de tantas inconmensurables transformaciones, logra germinar a pesar de todo, es aún aquello. Tengo un vivo y bello recuerdo de aquella edad heroica, de aquella práctica de conflicto, de aquel modo de pensar, de aquella elección de la acción, de aquella manera de escritura nunca más re-encuentrada porque estaba completamente dictada por la inmediata exigencia del hacer, y de un hacer en contraste directo con el mundo, sin mediaciones ni concesiones. Sobre todo, siento una gran nostalgia de aquellas personas, hombres y mujeres, inmersos en un actuar y un sentir colectivos, donde la autenticidad del ser, y del estar ahí, por ello, sin restos de sí mismos, determinaba un plusvalor humano que, confieso, en los largos años y decenios que siguieron no me ha vuelto, desconsoladamente, a suceder, ni he reconocido en torno a mí.

Los años sesenta y setenta son nuestros “gloriosos años veinte”. Allí las revoluciones del siglo XX se agotaron. Se abrió una etapa de restauración que todavía continúa. Y vino el desierto. En las dos “tierras desoladas” que me fue dado frecuentar, aquella de la academia universitaria y aquella de la política politiquera, había espacio sólo para una celda de monje ermitaño. Comenzó, en el pensar y el hacer/actuar, un recorrido accidentado: avances, vueltas, detenimientos, retrocesos. Era necesario, antes que nada, tener la dirección del camino, hacerse de una brújula, en la ausencia de puntos cardinales de referencia: en la práctica un realismo político antagonista. La misteriosa curva de la recta de Lenin me pareció aquella que se adecuaba a mi caso. El recorrido lineal estaba interrumpido. Todo el

progreso de la humanidad hacia lo mejor había chocado contra un muro difícil de derrumbar, como todos los muros ideológicos. No había otra salida más que tomar la curva tratando de no derrapar. Nos situamos ahora en el punto de máxima expansión de esta línea curva. Más allá de las escaramuzas presentes en los confines del imperio, o de los imperios, estamos dentro de una nueva paz de los cien años. Nos lamentamos de la degradación de las clases políticas, de la corrupción de las instituciones, del silencio de las clases en la desaparición de la lucha de clase, de la deriva antropológica en el malestar de la civilización. No se viven setenta años de paz sin que todo esto fatalmente suceda. Estoy diciendo que no se trata de bajar el nivel de contraposición a una realidad enemiga, sino de buscar con la misma pasión de aquel tiempo las formas más adecuadas del pensamiento y la acción, esto es, actuales. La filosofía de la praxis se cayó y se partió en dos. Y de dos modos distintos deben ser elaborados los planes de la crítica y de la intervención. La fórmula sintética comprensiva del “pensar extremo y del actuar prudente” me ha guiado y me guía en la navegación cotidiana a través de la gran calma de los océanos contemporáneos.

Hoy, en lo que a mí respecta, es este recorrido el que debe ser definido, y sobre todo comprendido. Es todo el tiempo que siguió a la confrontación directa entre obreros y capital el que debe ser sometido a la crítica. Qué es lo que queda del primer operaísmo, del que *Obreros y capital* es sólo una expresión. Algunas cosas se han dicho en las exposiciones del encuentro de Nantorre: queda el punto de vista parcial [o de parte] desde el cual mirar el todo, queda la concepción conflictivista de la relación social, queda la subjetividad de las luchas que impone al adversario el terreno de la

Mario Tronti es un reconocido filósofo político italiano. Docente por treinta años en la Universidad de Siena, presidente durante diez años del Centro para la Reforma del Estado y actual senador de la República Italiana. Estudioso de Marx, fundador del operaísmo, es autor, entre otros, de *Obreros y capital* (traducido en 2001), *Con le spalle al futuro* (1992), *La politica al tramonto* (1998), *Politica e destino* (2006), *Non si può accettare* (2009), *Dall'estremo possibile* (2011), *Noi operaisti* (2009), *Dello spirito libero* (2015) y el recientemente traducido *El enano y el autómata. La teología como lengua de la política* (Prometeo, 2017).

iniciativa. Para mí, queda sobre todo la lectura política de la lucha de clases, el antieconomicismo, el antisociologismo, el antiideologismo. Es esto lo que me lleva hoy a sostener esta idea del pensar extremo: para abatir la amenaza de la centralidad obrera el capitalismo ha debido derribar la centralidad de la industria, con la consecuencia de esta nueva forma de orden capitalista basado en el desorden financiero, en el que no existe más la crisis periódica que interrumpe el desarrollo permanente sino, por el contrario, es el desarrollo periódico el que interrumpe la crisis permanente. Cuando digo esto, veo los ojos desorbitados de los economistas, neoliberales, poskeynesianos o pseudomarxistas, lo que sean. ¿Es verdadera esta tesis? ¿No es verdadera? No me interesa. No busco la verdad histórica, objetiva, buena para todos los intelectuales inorgánicos. Busco una idea fuerza, política, que me sirva para construir un frente de conflicto que vaya a la raíz de las divisiones sociales actuales. Esto es pensamiento operaísta, vivo. Puesta en estos términos, se podía conseguir un contenido para aquella bella fórmula, que de otro modo corre el riesgo de ser ideológicamente vacía, del 1% y del 99%. Puesta así, una izquierda que se declarase heredera de la gran historia del movimiento obrero, podía tener una razón de existencia y una oportunidad de reconocimiento por parte de todos los excluidos de la riqueza y del poder. El núcleo “irracional” del operaísmo no era un punto de vista minoritario. Por el contrario, era potencialmente forma y materia para una “nueva razón del mundo” antagonista respecto a aquella dominante, lista para devastar el siglo XXI.

Queridísimos amigos, estas últimas expresiones son fácilmente reconocibles. Aprecio mucho y al mismo tiempo poco me convence cómo Dardot y Laval retoman el concepto de revolución. No se puede hablar de ella entre Arendt y Castoriadis. No se puede razonar sobre ella entre la revolución de 1776 y la revolución de 1789 estando ausente la revolución de 1917, de la que celebraremos el próximo año su centenario. No se puede decir *común* sin decir *comunismo*. Sigo estando convencido de que los comunistas son los únicos que verdaderamente han dado miedo a los capitalistas. No lo hicieron los socialdemócratas, los liberal socialistas, los anarquistas, los del 68, los terroristas, no fuimos nosotros los operaístas. Estas cosas no les hacían más que cosquillas. Sólo el intento trágico de la construcción comunista del socialismo les asestó un puñetazo en el estómago, que

los ha dejado durante decenios en la defensa preocupada de su orden, entre grandes crisis y grandes guerras. Desde que ha caído aquel intento no han tenido más problemas, tan sólo aquellos que se crean solos, entre ellos. Me da placer que Toni [Antonio Negri] relea su experiencia, que sigo siempre con pasión militante, como la historia de un comunista. Es una toma de posición comprometida. Debe ser asumida en toda su riqueza histórica. Me pasa en este tiempo pobre que estamos viviendo que reclamo a menudo, sobre todo para los que vendrán, la necesidad de un cultivo celoso de la memoria. Creo ver más chance revolucionaria en nuestro pasado, que nadie nos

puede arrebatarnos, que en un futuro que nos ha sido ya arrancado, todo ya en las manos de quien dirige. Nos encontramos dentro de esta terrible encrucijada: nunca como hoy otro mundo es necesario y nunca como hoy otro mundo no es posible. Al menos no lo es por el momento. Cuánto durará este momento, no lo sabemos. Aquí retorna el concepto, teórico-histórico, de revolución. Me he hecho una idea, que quisiera tener el tiempo de elaborar. La revolución no es el acto mediante el cual se toma el poder, sino el proceso mediante el cual se administra el poder. Reformistas primero, revolucionarios sólo después. Los dejo con este relámpago sin trueno.



* Carta escrita por Mario Tronti a los organizadores del evento por los 50 años de *Operai e capitale* realizado en París, en 2016. Texto publicado en el diario italiano *Il Manifesto* el 11 de febrero de 2017. Traducción de Micaela Cuesta.

trágica de la modernidad”.² Porque cree que, aun en tiempos de reflujos, es necesario insistir no sólo con una crítica de las formas burguesas de vida, sino –y mucho más importante– oponer una cultura alternativa, que incluya todas las dimensiones de una vida popular. En el artículo que citábamos al comienzo, aparecido en *Critica Marxista* –“El partido de los sujetos”–, escrito con la crisis del socialismo real ya procesada, el Tronti subrayado por Aricó apuesta a “más política en el sentido de más consenso, más cultura práctica, más profesionalidad, más poder e inevitablemente más organización y fuerza”.³ En ese texto que pone en juego a Schmitt y a Weber, el autor despliega la ecuación de crítica de la economía política y crítica de la política, como un nuevo horizonte para “intelectuales políticos”.

La *operación* comienza entre nosotros con *El enano y el autómata* presentado por Horacio González, quien anuncia al final de su artículo el carácter fundacional de ese momento. Le sucederá próximamente *La autonomía de lo político* con estudio preliminar y traducción de Martín Cortés, editado también por Prometeo.

En una de las innumerables conversaciones con Pasquale Serra, el más grande estudioso de la obra de su amigo Tronti, me confesó que él había podido ir a estudiar a los 18 años a la famosa Escuela de Bari por la experiencia de vida en su pequeño pueblo, Cervicati: “desde ese lugar pude animarme a ver el mundo entero”, me dijo. Imaginé la escena y, como en una película de Wim Wenders, lo vi elevarse desde una de las colinas de su tierra alcanzando un panorama completo del mundo por conocer, una metáfora perfecta para leer a Tronti, con la condición de aceptar la invitación a un pensar sin límites.

2. M. Tronti, “Política, historia, siglo XX”, en *La política en el crepúsculo*. Madrid, Traficantes de Sueños, 2016, p. 193.

3. M. Tronti, “Il partito dei soggetti”, en *Critica Marxista*, cit., p. 53. La traducción es nuestra.



Mario Tronti, el comunismo y la libertad humana*

Por Pasquale Serra

1. Como todos los grandes autores, también Mario Tronti se ha ocupado, en el transcurso de su vida, sustancialmente de dos o tres ideas fundamentales, y ha retornado continuamente sobre ellas en profundizaciones y perspectivas poco a poco diferentes. Para ser más precisos, Tronti ha reflexionado constantemente, desde los años de su juventud, sobre un solo tema (el tema del comunismo en sus relaciones con el problema de la libertad humana), y ha construido en torno a ello su propia especulación como posible solución del mismo problema. Este es el fondo problemático de su investigación, y es un fondo lo suficientemente amplio como para destacar los diversos aspectos de su pensamiento, que nos restituye completamente el sentido y el significado integral de su itinerario

Pasquale Serra es licenciado en Ciencia Política por la Universidad de Bari y doctor en Historia de las doctrinas políticas por la Universidad de Roma. Profesor e investigador de la Universidad de Salerno. Es miembro del Centro Studi Europei, del comité de dirección de las revistas *Democrazia e Diritto* y *Rivista di Politica*. Integra el comité científico de la colección “Laboratorio di politica” de la editorial Aracne de Roma. Es investigador, además, del Centro per la Riforma dello Stato di Roma (CRS). Es autor de numerosos artículos y de los libros *Americanismo senza America: intellettuali e identità collettive dal 1960 ad oggi* (2002), *Europa e mondo: temi per un pensiero politico europeo* (2004), *Tra le due comunità: singolarità e relazione oltre il paradigma di Marx* (2008), *Trascendenza e politica* (2012), entre otros.

intelectual y político. Restitución que es posible sólo si se realiza una historización completa del operaísmo. Porque al privilegiar la filosofía de *Operai e capitale*, considerado como exclusivo campo de verificación y, a la vez, como momento terminal de su entera filosofía, se acaba por no comprender el movimiento integral de su pensamiento, ni tampoco el mismo *Operai e capitale*, el cual, a mi modo de ver, fuera del contexto de esta historización, permanece sustancialmente incomprensible. Y esto porque antes del operaísmo no había la nada, o un vacío, sino una filosofía de la libertad muy determinada, que se encarna después en el operaísmo y que encuentra luego varios desarrollos y diversas manifestaciones, en los 45 años que siguen a la

* Traducción de Micaela Cuesta.

aparición de aquella experiencia. En el caso de Tronti, este itinerario puede decirse que fue fulmineo por rapidez e intensidad; si cuatro años (1958-1961) son suficientes para abarcarlo, desde el primer, temerario, escrito sobre Gramsci aparecido en 1958, a un ensayo de 1961 escrito para *Società*, en los cuales Tronti, moviéndose entre Ugo Spirito y Galvano della Volpe, se pone el objetivo de ganar un espacio de libertad para comenzar a pensar después de Gramsci, ya que Gramsci, haciendo coincidir pensamiento y ser, el pensamiento con la realidad, impide mirar el mundo por fuera de la tradición, para empujar el presente más allá de sí. Esta es una forma de acción que traspasa el operaísmo una

Estar en la coyuntura libre de la coyuntura*

Por Micaela Cuesta

Romano de nacimiento, comunista por convicción, fundador del *operaismo* y senador en virtud del voto popular, Mario Tronti es un personaje tan fascinante como desconocido. Autor prolífico e intelectual multifacético, Tronti es, sobre todas las cosas, un lector sensible de la realidad social y política. *Obreros y capital* es su única obra traducida, hasta ahora, al español

Nada mejor que las palabras de sus compañeros y amigos para suscitar nuestro entusiasmo. Alberto Asor Rosa –gran estudioso de literatura italiana y catedrático de la Universidad de Roma “La Sapienza”– ha escrito: “De muy pocas personas en el mundo se puede decir que encontrarlas haya cambiado tu destino. Este exiguo número se reduce aún más si se habla de personas de tu

Mario Tronti, junto a Louis Althusser, habían sido protagonistas. Ambos integraron a sus reflexiones de herencia marxiana y leninista “una cultura filosófica, estética y política que evoca también las fuentes más diversas”.⁶ Lo cual no impide, no obstante, que el propio Toni Negri afirme: “He devenido marxista con la lectura de *Operai e Capitale*. Antes era sólo comunista [...] este libro es una obra que nos ha enseñado a pensar el proceso revolucionario de una manera completamente nueva”.⁷

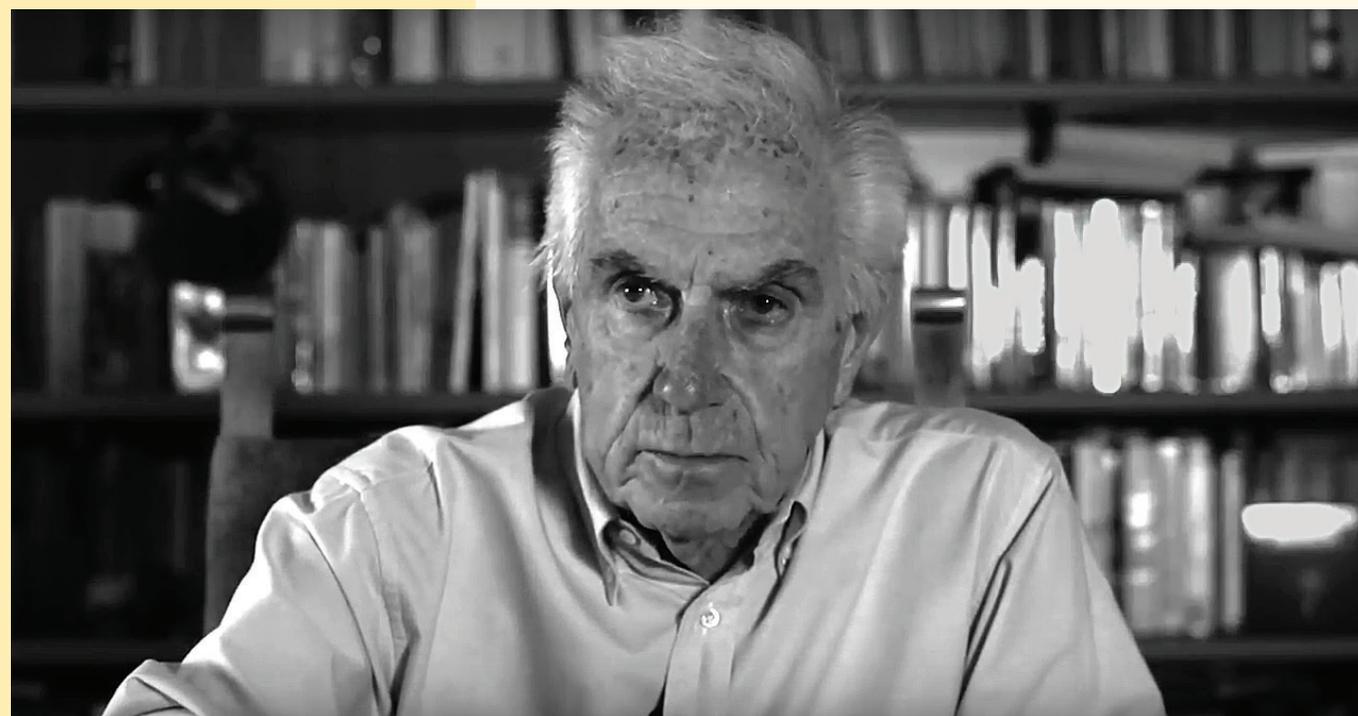
Mario Tronti no gozó del mismo reconocimiento internacional que otros obreristas, como el recién citado Negri. Sin embargo, sus escritos han sido publicados tempranamente (1970) en inglés en la revista *Telos* –según señala Sara Farris–, y más recientemente, diversos investigadores han enfatizado la importancia fundacional de su contribución a la tradición herética del marxismo. Para nosotros, Mario Tronti viene de la mano de su colega, y nuestro amigo, Pasquale Serra, a cuyo cargo se encuentran las últimas ediciones de los libros de esta figura italiana. Serra afirma que “para comprender en serio el pensamiento de Mario Tronti, y su complejo itinerario intelectual, es preciso, antes que nada, historizar el obrerismo”, lo cual significa “historizar la imagen *tradicional* de Tronti como ‘obrerista’”.

[...]

Con la ironía y sagacidad que caracteriza a Tronti, al hablar de su trayectoria filosófica en tercera persona, señala: “Dirá de sí: ‘He trabajado en la universidad como un inmigrante en un país extranjero, sin aprender nunca del todo la lengua del lugar y sin dejar de hablar el dialecto de mis ideas’”. Ese dialecto está compuesto por un conjunto de marcas, de principios e inflexiones estilísticas. Sin ser transparente es accesible, sin por ello caer en la superficialidad, pues “no es necesario ser oscuro para ser profundo”. Es indudable que la relación entre pensamiento y acción se ha hecho más compleja, pero es esa misma complejidad la que nos

5. É. Balibar, “Un point d’hérésie du marxisme occidental: Althusser et Tronti lecteurs du *Capital*”, en: <http://revueperiode.net/un-point-dheresie-du-marxisme-occidental-althusser-et-tronti-lecteurs-du-capital/>

6. A. Negri, Relazione al Convegno *Rileggere Operai e Capitale*, Università La Sapienza, 2007. <http://www.infoaut.org/index.php/blog/seminari/item/9092-rileggere-%E2%80%99Coperai-e-capitale%E2%80%9D-relazione-di-toni-negri>



forma de acción que representa una radicalización de la teoría socialista en el interior del movimiento operario, “para dar –como dirá el mismo Tronti en ‘Noi operaisti’– a las luchas obreras una desembocadura política” y no, en cambio, una forma de pensamiento-acción que se coloca fuera de ella y contra ella. Y todo esto, dice Tronti, explica bien por qué “aquello que ha venido después, en los primeros años setenta [...] no tiene nada que ver con estos antecedentes”, tanto que, lenta pero inexorablemente, del 68 al 77, también la acción se absolutiza (haciéndose cada vez más desmaterializada e indeterminada), y Tronti toma resueltamente distancia de ella, hasta levantar, con la autonomía de lo político, una especie de muro.

2. Lo mismo, obviamente, podría decirse para el después, en el sentido de que después del operaísmo, entre el “Proscritto di problemi”, publicado en 1971 en la segunda edición de *Operai e capitale*, y “Autonomía del político”, presentado en 1972, emerge, de modo llamativo, el nuevo programa de investigación de Tronti, que, entre saltos y desarrollos, llega hasta nuestros días. El asunto es que Tronti, en este breve transcurrir de años, intuye precozmente que el capitalismo estaba englobando al movimiento *operaio*, y que, precisamente por esto, era necesario radicalizar la crítica, completar,

(con excepción de dos o tres artículos largos).² En este sentido, nos sucede con Tronti lo mismo que él cree que le pasa a Italia respecto de los acontecimientos del mundo: “Un país que llega tarde, pero que cuando llega no asume pasivamente los modelos más avanzados; por el contrario, los retraduce en formas originales”.³ Tal vez, el descubrimiento y la traducción tardía de los escritos “no obreristas” de Mario Tronti puedan oxigenar nuestras discusiones y conducirnos hacia formas más originales de interpretar nuestro presente.

* Fragmentos editados del “Estudio introductorio” al libro de Mario Tronti *El enano y el autómatas. La teología como lengua de la política*, Buenos Aires, Prometeo, 2017.

1. En septiembre de 2016 la editorial Traficantes de Sueños (Madrid) junto al IAEN-Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador publica el libro *La política contra la historia* que reúne los siguientes textos de Mario Tronti: *Con le spalle al futuro* (Roma, Editori Riuniti, 1992); *La política al tramonto* (Turín, Einaudi, 1998); y *Noi, operaisti*, (Roma, Derive Approdi, 2008). Véase: M. Tronti, *La política contra la historia*, IAEN-Traficantes de Sueños, Madrid, 2016.

2. M. Tronti, “Introducción a la edición italiana”, en *Obreros y capital*, Akal, Madrid, 2001, p. 9.

mismo sexo. Yo puedo decir que encontrar a Mario Tronti cambió mi destino: lo hizo distinto –mejor y sin duda más complicado y más rico, mucho, mucho más rico–; lo ha orientado a lo largo de un camino que yo, probablemente, no hubiera sido jamás capaz de emprender de no haberlo conocido”.⁴ También Massimo Cacciari le dedica unas generosas y sugestivas palabras: “Cuando las filosofías de moda [...] hayan quemado sus últimos cartuchos, entonces se verá cómo Mario Tronti formará parte de una ‘tradicción’ de la filosofía italiana y europea moderna no difunta, ni decrepita, sino, en realidad, *póstuma*”.⁵ Tradición de quienes leen en cada presente su crisis, en cada situación “normal” constituida sus contradicciones y conflicto mudo. Étienne Balibar, por su parte, se sirve de la categoría foucaultiana de “punto de la herejía” (*point d’hérésie*) para designar la bifurcación formadora de un campo intelectual común del que

3. A. Asor Rosa, “Mario Tronti, stile e destino”, en M. Tronti, *Política e destino*, Luca Sossella editore, Roma, 2006, p. 39. Todas las traducciones que siguen (del italiano y del inglés) son nuestras.

5. M. Cacciari, “Dall’estremo possibile” en M. Tronti, *Política e destino*, Luca Sossella editore, Roma, 2006, p. 41.

obliga a cultivar y refinar la palabra: “Yo creo que la palabra puede ser también una forma de lucha. Pero es necesario estar atento a que la lucha no sea violencia y a que la palabra no sea un arma. En una sociedad dividida, la ética del discurso deviene obligación política. El lenguaje ayuda a decir pensamientos. Si la palabra, dicha y escrita, no contiene un concepto, no ofrece libertad, por el contrario, da opresión, siempre”.⁸ En este sentido, la claridad en el decir se transforma en una batalla y en pequeñas conquistas siempre amenazadas. Más aún en un tiempo como el nuestro, donde “ser claro significa ser vacío” y “sucede que son más convincentes aquellos que no dicen nada. La claridad y la densidad son, por el contrario, nuestro objetivo”.

Claridad y densidad deben condensarse en una idea de sociedad, una idea de política, una idea de cultura, una idea de mundo, y de vida “para marcar la diferencia, signar la identidad, llamar a la pertenencia, suscitar el entusiasmo. Ideas simples, que todos estén en condiciones de comprender y sobre las cuales sea posible decidir el destino, según la libertad de los modernos y no en la sumisión al hecho de los antiguos”. Esta ética del discurso de Tronti anima la tarea política de cuidar y trabajar en el lenguaje, sin empobrecerlo pero, sobre todas las cosas, desconfiando de la incompreensión, tanto de la atribuida a la falta de competencias del pueblo, como de la que sólo oculta bajo ese disfraz un inconfesable desacuerdo. Es probable que estas apreciaciones hayan conducido a Serra a afirmar que lo específico de Tronti no es tanto su pertenencia al marxismo sino a la clase social del pueblo.

Su identificación con la tradición crítica herética del marxismo lo hace sospechar de los neologismos y persistir, por principio metodológico, en la “viejas fórmulas”, aunque sin ingenuidad y consciente de sus límites. En un ensayo muy lindo, su colega y amigo, Alberto Asor Rosa, afirma: “Mario Tronti *no explica y no concede, no atenúa y no condiciona: dice el pensamiento, en realidad, lo libera de la mente en su más nuda esencialidad*”. “Su pensamiento y escritura –continúa Asor Rosa– no conoce la subordinación, ni la que ejerce la cosa ni a la que le dicta la idea”. El ritmo del discurso que compone Tronti se posa “entre las dos tonalidades: un pensar extremo y un actuar prudente”. Ese particular estilo político de escritura que, para Sara Harris, se caracteriza por su dureza y vehemencia, lo explicita Tronti en “Una conversazione con Mario Tronti a cura di Pasquale Serra”:

El pensar extremo lo aprendí de Marx. Pero no sólo. También de todas aquellas formas de pensamiento in-

componibles con el estado de cosas presente, impenetrables por la opinión común, irreductibles al sentido común de masa, alternativas al buen sentido intelectual. Estas formas proceden de quienes prefiguraban un mundo para el futuro, pero también de quienes rememoraban otro mundo, desde el pasado. De allí, mi pasión, absolutamente incomprendida, de cultivar en conjunto el pensamiento grande revolucionario y el pensamiento grande conservador [...] La acción prudente (*l'agire accorto*) la aprendí de Maquiavelo, la proseguí en los teóricos de la razón de Estado, luego en la escuela de los Jesuitas, especialmente españoles, entonces en la forma política del catolicismo romano, lo he reencontrado en Max Weber y Carl Schmitt, lo he estudiado y reestudiado y luego profundizado en Lenin...⁹

La conciliación estratégica de esta táctica de pensamiento y acción sólo se torna posible sobre la base de una relación crítica con el presente como método para no demonizar ni mitificar hechos del pasado. Un modo de estar en la coyuntura libre de la coyuntura, que Tronti dice reencontrar en el Althusser de *Maquiavelo y nosotros*. Allí se distingue entre el pensamiento *de la contingencia* y el pensamiento *en la contingencia*. La coyuntura es el tiempo breve, la historia en acto, esto es, el entramado de condiciones determinadas (en virtud de elementos de la subjetividad tanto como de mecanismos objetivos del sistema) dentro de las cuales se debe actuar. En función de esto es posible diferenciar un pensamiento reformista, que permanece siempre *en la coyuntura*, de otro antagonista radical, que comete el error opuesto, no advertir nunca la coyuntura y orientarse por principios que cree eternos. Ante estas alternativas, sería aconsejable otro modo de situarnos, “libres de la coyuntura”, sin desconocerla pero sin tampoco adaptarnos con sumisión a ella. Lo cual significa, en palabras de Tronti, “conquistar, conservar, afinar la autonomía del propio punto de vista”.

Este punto de vista está hecho de dos cosas: la referencia a un bloque de intereses propio, de necesidades, de derechos, de expectativas; el pensamiento de una parte sobre el todo, de una concepción del mundo y de la vida. Este punto de vista parcial que se sabe subjetivo es la “idea-fuerza” política que queda de la experiencia del *operaismo*: “La concepción conflictiva de la relación social [...] pero sobre todo la lectura política de la lucha de clases, el antieconomicismo, el antisociologismo,

8. M. Tronti, “Una conversazione con Mario Tronti a cura di Pasquale Serra”, en *Non si può accettare*, CRS-Ediesse, Roma, 2008, p. 16.

el antiideologismo”.¹⁰ En suma: “Libre de la coyuntura quiere decir que debes saber estar dentro del momento, el pasaje, contingente, pero con una fuerza propia y un pensamiento propio”.¹¹

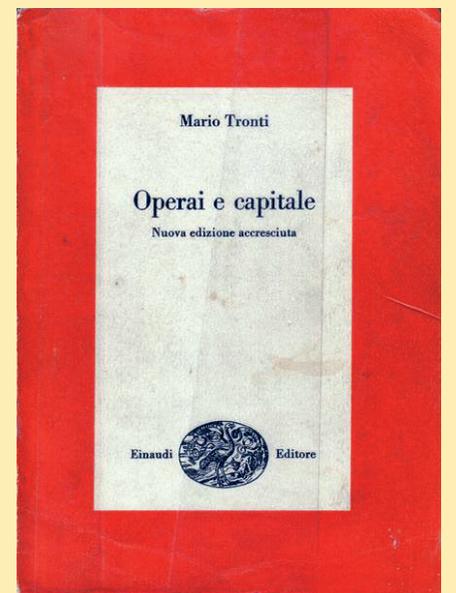
A este “pensamiento propio” lo habitan, en Tronti, voces ajenas, a veces disonantes, que se inscriben en la línea de la gran tradición del realismo político que incluye a Maquiavelo, Hobbes, Weber, y también a Schmitt. Nombres hoy de difícil aceptación para un amplio público por designar una posición “antiliberal, no democrática, no progresista, no humanista y, por lo tanto, no burguesa moderna”. En la ya citada “Autobiografía”, nuestro filósofo anónimo dice de sí mismo: “Tronti se inscribe, como punto de orientación, en el filón de pensamiento del realismo político, crítico de los aparatos ideológicos y armado de una antropología pesimista. Simbólico, para entender el arco de desarrollo de la forma singular de su pensamiento, es este hecho: los dos primeros cursos en Siena se dedican a Maquiavelo, los dos últimos a Nietzsche”.¹² Pero además de ello encuentran acogida en este peculiar realismo personajes más afines y próximos: Marx, sin duda, Gramsci, el joven Lukács, Benjamin, Taubes, pero también Aby Warburg, Kojève, Bloch y me animaría a afirmar que Georg Simmel.

9. M. Tronti, en una carta enviada a sus amigos franceses en ocasión del 50 aniversario de *Operai e capitale*. “Punto de vista obrero”, dirá Tronti en su “Autobiografía filosófica”, para referir, luego de las lecturas de *El Capital* y de los *Grundrisse* de Marx a “una parcialidad, sobre todo de lucha, ella sola en grado de recoger la totalidad del proceso de producción, circulación, consumo y reproducción ampliada”. Definición con fuertes resonancias lukacsianas. Véase: M. Tronti, *Un'autobiografia filosofica*, en *Storia della filosofia*, 14, Filosofi italiani contemporanei, Le Grandi Opere del Corriere della Sera, Bompiani, Milán, 2008, pp. 586-595.

10. M. Tronti, “Una conversazione con Mario Tronti a cura di Pasquale Serra” en *Non si può accettare*, CRS-Ediesse, Roma, 2008, p. 19.

11. M. Tronti, *Un'autobiografia filosofica*, ob. cit.

por decirlo así, la crítica del capitalismo con la crítica de la burguesía, porque el capitalismo, que absorbió a toda la civilización, el mundo del hombre, nuestras formas de vida, ha producido –escribe Tronti– una mentalidad burguesa de masas que es hoy nuestro gran y verdadero adversario. De allí, para Tronti, la necesidad de la crítica de la forma burguesa dominante, y entonces también (a nivel teórico, obviamente) de la democracia política, porque la democracia, tal como escribe en *Dello spirito libero*, encerrando todo dentro de sus fronteras, sofoca las condiciones mismas de la libertad. Está en cuestión, para Tronti, entonces, el *homo democraticus*, porque es “gracias a la hegemonía del *homo democraticus*” por lo que la democracia no sólo ha derrotado al movimiento obrero, sino que ha destruido también al pueblo, y esta destrucción representa la verdadera “tragedia política de hoy”. Y en realidad, la novedad del pensamiento de Tronti no está (o no está únicamente) en esta radical crítica de la civilización, sino en el hecho de haber introducido en el corazón de esta crítica, no en sus márgenes, la cuestión del pueblo, y junto a ella la necesidad de una política realista. He aquí la novedad: Tronti aproxima y fusiona dos temas o dos exigencias (crítica de la civilización y política realista, pensamiento aristocrático y política popular), nunca aproximados antes, y los convierte en los ejes que portan un mismo pensamiento crítico.



Micaela Cuesta es licenciada en Sociología y doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Es docente de la carrera de Sociología de la UBA y del Instituto de Altos Estudios de la UNSAM. Actualmente colabora en el programa **Lectura Mundi** (UNSAM). Ha publicado capítulos de libros y artículos en distintas revistas especializadas; es autora de *Experiencia de felicidad. Memoria, historia y política* (2016), coautora junto con Eduardo Rojas de *Crítica y crisis en América Latina. Aprender a leer, aprender a hablar* (2015) y codirectora junto con Eduardo Rojas del libro colectivo *Conversaciones con Nancy Fraser. Justicia, crítica y política en el siglo XXI* (2017).

7. M. Tronti, “Che fare della parola”, en *Per la critica del presente*, Roma, Ediesse-CRS, 2013. pp. 12-13

La cuestión es que dentro de este universo burgués vive también el pueblo, un paisaje, dice Tronti, por él devastado, y si la "crítica" tiene como referente al pueblo, y no es simplemente un modo, en definitiva, surrealista de abrir conflictos sin tener ni siquiera el deseo de cerrarlos, estar presentes de manera útil en la coyuntura, intentar contar aquello que cada vez es posible contar y durar es, entonces, necesario, porque las necesidades de los más débiles persisten, y persistirán también mañana, y es exactamente en este durar donde se juega, quizá, la sustancia ética de cada uno de nosotros, así como la credibilidad de su filosofía crítica. Entre nuestros principios y nuestra acción se encuentran los otros, y a estos otros o los suprimes o, de algún modo, debes reconocerlos y hacer las cuentas con ellos. Resulta de ello, en un plano estrictamente filosófico, que los principios deben siempre hacer las cuentas con lo que es factible en cada momento, para producir los mejores efectos posibles. Esto es el realismo para Tronti, un realismo político popular, porque el pueblo tiene necesidad de cada cosa, y entonces también de poco, y subestimar y despreciar este "poco" es algo que sólo pueden hacer los ricos, o aquellos que hacen de la crítica una actividad totalmente desmaterializada, completamente separada de un sujeto real-material. Pero nosotros, repite habitualmente Tronti, sabemos todo esto, tenemos experiencia de ello, porque "nosotros no tenemos necesidad de ir hacia el pueblo, porque nosotros venimos del pueblo".

3. Marxismo, autonomía de lo político, teología política, filosofía de la tragedia y después, cada vez más, filosofía de la trascendencia, constituyen la constelación fundamental del pensamiento de Tronti, para introducir, he aquí el punto

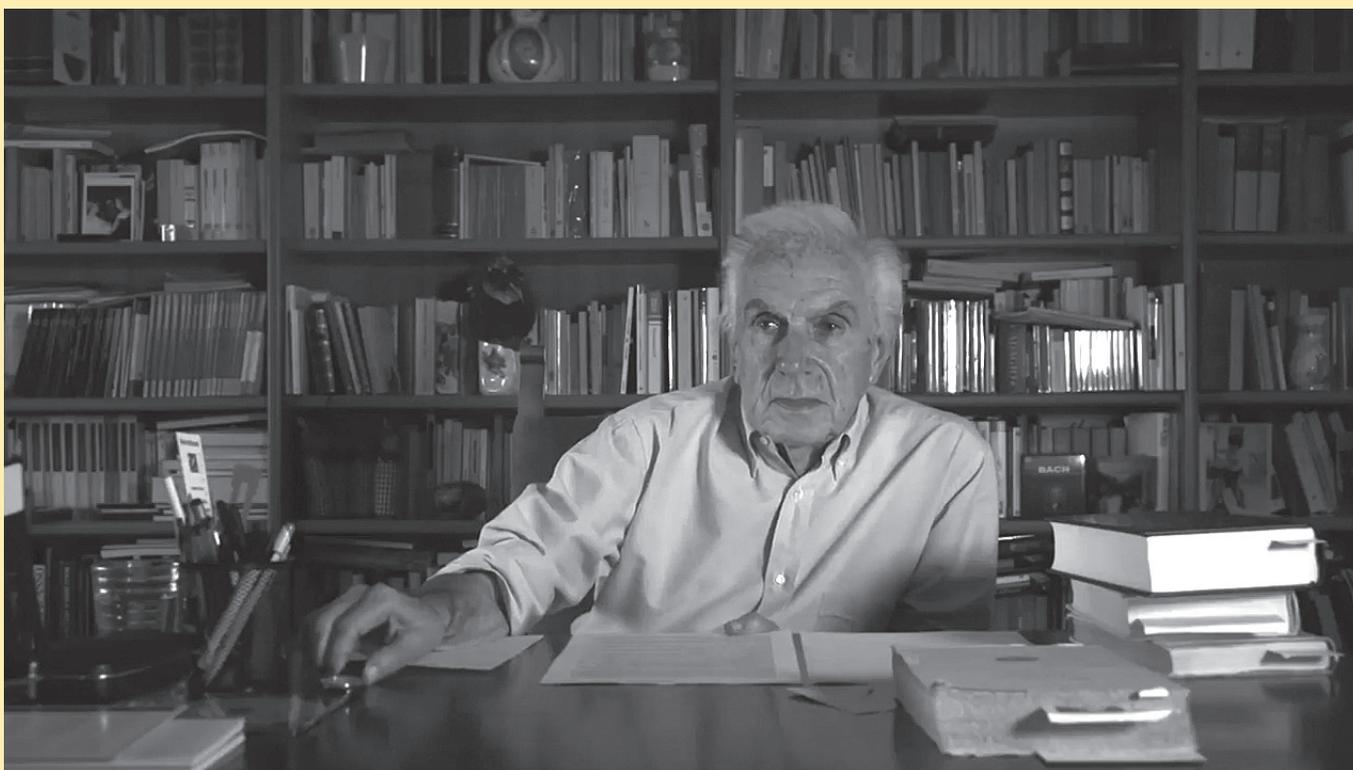
MARIO TRONTI

el enano y el autómatas

la teología como lengua de la política

Estudio introductorio, traducción y notas de Micaela Cuesta

prometeo
libros



crucial, como en sus escritos preoperaístas, "un pasaje de discontinuidad". Se trata, luego, de una formidable autocrítica del marxismo inmanentista en relación con la teología política y la filosofía de la trascendencia. Autocrítica en relación con la teología política, antes que nada, porque la teología política contiene la dimensión básica de lo humano, y el marxismo se ha demostrado incapaz de comprender esta base y, en consecuencia, de comprender también los miedos, las fragilidades y la necesidad de seguridad de la mayoría de los hombres; y autocrítica en relación con la trascendencia, porque, al contrario de lo que el marxismo siempre ha pensado, la historia no lo es todo, y no se comprende sin la presencia del mal, y del misterio, y la revolución marxista se ha revelado incapaz de comprender y de reconocer este dato fundamental, ontológico, de la existencia humana. Y sin estas dos autocríticas, que no han sido jamás realizadas, el marxismo no estará nunca en condiciones de aferrar el presente y de proponer a los hombres un futuro diferente. He aquí la anomalía de un pensamiento, como el de Tronti, que ha puesto en cuestión algunos puntos de vista fundamentales de la línea dominante del marxismo italiano (la crítica de todas las filosofías moderno-trascendentes, antes que nada Hegel vs. Kant, como máxima ejemplificación de esta orientación, y del teológico-político, de Hobbes a Schmitt); lo ha hecho con la única finalidad de reforzar la crítica, una crítica que comporta derechos, una vez más, a la filosofía de la libertad, a una filosofía de la libertad muy diferente, sin embargo, a aquella que habíamos visto operar en los escritos preoperaístas, esto es, al nexo entre espiritualidad y libertad. En una conversación muy hermosa con Micaela Cuesta, joven y refinada estudiosa argentina de filosofía, Tronti lo dice con mucha claridad: "Existe un agujero antropológico en nuestra tradición teórica, porque no hemos sido capaces jamás de extraer de ella una figura alternativa de ser humano. De aquí la importancia del *homo religiosus*. Una sociedad/civilización hecha de finanza, técnica, consumo y comunicación no se limita a la explotación de la persona que trabaja, y cuando trabaja, sino también de la persona que vive, y cuando vive. La forma de vida burguesa del capitalismo ocupa en la actualidad el fuero interno. La dimensión religiosa, no en tanto pertenencia a una institución eclesiástica o un fundamentalismo de fe, sino como libre cuidado inquieto de la propia interioridad, puede constituir, y de hecho constituye, un muro contra el cual choca la agresión del mundo externo, hoy toda en manos de quien gobierna. En un mundo íntegramente desacralizado y siempre por medio de progresos exteriores, una plegaria íntima me parece una forma de lucha. Una práctica de alianza a ser experimentada es entre antagonismo y espiritualidad. Es verdad que este no es hoy el problema central de la revolución, pero es un punto estratégico para un giro necesario del pensamiento crítico".

Política y trascendencia*

Por Horacio González

El libro de Mario Tronti tiene un excelente estudio previo de Micaela Cuesta, una admirable introducción a un autor que muchos no conocíamos. Yo no lo conocía y creo que no forma parte de nuestro plan de lecturas habituales. Cuenta con varios artículos de Tronti y termina con una entrevista de Micaela también, en la que se encuentra el concepto de “brecha antropológica” o “vacío antropológico”, que sería finalmente el tema a ser resuelto por cierta teología política. Esa teología política no nos era ajena como cuestión a ser considerada y como una extraña fórmula de unidad entre los pensamientos de Walter Benjamin y Carl Schmitt, quienes se cartean y se consultan a propósito de temas comunes, centrados en una obra muy primeriza de Benjamin, *El origen del drama barroco alemán*. Eso era leído en Argentina cuando se empezó a leer Benjamin. No me refiero a los primeros lectores de los años sesenta cuando lo traduce Héctor Álvarez Murena, que en realidad fueron muy pocos, sino a los posteriores, de los años ochenta en adelante, cuando llegan traducciones españolas. Es un Benjamin en el que ya se percibe la incomodidad que le provoca el pensamiento de Schmitt, que lo sigue como una sombra.

La expresión “teológico-político” tiene también un dilema, que es el de toda expresión que está partida por un guión en el medio. El tema del guión está tratado por Tronti, lo cual revela que hay una preocupación por el carácter del concepto que propone. Es un concepto que tiene un signo que no pertenece al orden del vocabulario de los conceptos, sino que es un signo gramatical que une dos palabras y que deja en la incerteza un orden de determinaciones. ¿Qué es aquel signo? Aquí la expresión “teológico-político” tiene tres cuerpos: lo teológico, el guión –o sea la separación y al mismo tiempo la unidad, como bien lo dice Tronti– y lo político. Es en tal sentido que aparecen los temas de la contingencia, la trascendencia, una antropología de lo humano que estaría en ausencia en nuestros tratos políticos habituales y la construcción de un trío, en el que entra un autor del que tampoco se puede decir que figuró demasiado en nuestros capítulos bibliográficos: Jacob Taubes, el cual sigue –repito lo que figura en las consideraciones de Tronti– los lineamientos de la utopía de Ernst Bloch y, sobre todo, el trabajo sobre Thomas Münzer, que es una apología del pensamiento mesiánico o escatológico, que provoca una fuerte interrogación a la pareja que ya se había constituido, o sea, Schmitt y Benjamin. Hay un tercero necesario que pondría todo el pensamiento político en el cauce de una traducción, y ahí el que resuelve qué es lo que se traduce sería el muy conocido trabajo de Carl Schmitt sobre la teología política, en el que se postula una secularización de todo concepto político que antes habría sido teológico, de modo que aquí el guión se esfuma un

poco en una precedencia. El orden teológico habría sido anterior, y eso crea no pocos problemas. Si hubiera una anterioridad de lo teológico y una manera de traducirlo después a lo secular, lo político tendría cierto grado de dependencia, lo que no lo haría más débil, ni más inoperante, ni más prescindible, sino al contrario. Habría en toda teoría política la necesidad y la obligación de descubrir en ella lo que tiene de teológico. Y todo eso para interrogar la propia noción de *capital* en Marx, que sería también una noción que sobrevuela la teología y viceversa. No es que este tema no haya sido considerado a propósito de famosas nociones sobre la idea de fetiche en Marx, que no parece tan inopinadamente como algunos primerizos lectores creyeron. Antes bien, crea en el propio seno de *El capital* una teoría de la religión a ser cuestionada, y en Tronti ese cuestionamiento de Marx a la religión aparece –como el Marx juvenil en el interior del Marx de *El capital*– como una preocupación: la preocupación por la teología que finalmente nunca es resuelta, no puede resolverse como supuestamente en *El capital* estaría resuelta, criticada por el modo en que aparece la ilusión de lo que serían los verdaderos tratos entre los hombres. Me parece que todo el marxismo de Tronti hace del capital un triunfo en la conciencia de los hombres, es decir, una forma del inconsciente –en algún momento apela a esa fórmula–, una manera del lenguaje del inconsciente triunfante en los hombres, en el género humano, al cual se dirigía para redimirlo y ante el cual termina siendo una de sus categorías internas, absorbiendo el conjunto de acciones políticas, incluso las que querían descharacterizarlo. El capitalismo termina caracterizando toda acción política que se realice en su contra. Acá solemos llamarlo neoliberalismo, pero es evidente que esa expresión se queda corta frente a la dimensión del problema aquí tratado, y esto llevaría a la crítica de una izquierda que se basa en un campo de derechos, como dice Tronti, ante una derecha basada en un campo de necesidades, que sería el campo de la vida. Esta última proposición saldría triunfante frente a la tradición progresista de las izquierdas que postulan luchas por derechos frente a una derecha que descubrió el trabajo de la vida o el trabajo del mundo de las necesidades, del cual también sale una forma del marxismo; para criticar el mundo de las necesidades y elevarlo a través de la crítica a una forma del Estado en Hegel, o a una forma de la crítica proletaria en Marx. El mundo de las necesidades, así dicho, es lo que ha triunfado frente al mundo de los derechos. Resulta bastante estremecedor que un marxismo formulado en el seno de la cultura italiana llegue a esa conclusión. Y resulta también llamativo que lo haga con un criterio de lectura amable hacia otra tradición política que es la tradición

conservadora, llamada acá fascista, y a través de la cita de Giovanni Gentile y de Ugo Spirito. Eso sí se ha leído mucho en Argentina, porque lo rezó el fascismo argentino y se lo leyó también por Gramsci. Siempre nos preguntábamos quién era este Gentile, la sombra de la discusión. Bueno, era el ministro de Cultura de Mussolini, autor de una teoría ocasionalista o contingencialista, y su discípulo, Spirito, lo mismo, es otro gran personaje de Gramsci.

Todos los cotejos entre lo político y lo teológico que aparecen aquí como posibles, es decir, el mesianismo, la salvación, el juicio final, están siempre presentes en nuestras discusiones, y creo que lo están, fundamentalmente, a través de la lectura de Benjamin, que Tronti examina con mayores precisiones que las que estamos acostumbrados. Me parece que hay un tema que enhebra la obra de Tronti y que no tiene una respuesta fácil: ¿es Gramsci un escritor de la teología política? Que Gramsci se ocupe de la cuestión teológica me parece bastante evidente, si es que aceptamos que llamar mito a una cuestión política se acerca bastante a la cuestión teológica. Es decir, el príncipe no es cualquier personaje, es un personaje cercano a una cuestión mesiánica aunque esa cuestión mesiánica no se consuma porque la idea del mito nunca consume la idea del Mesías. Pero aparece como una hermenéutica disponible para el que oficia de lector de Gramsci. Entonces el príncipe está en el texto para operar de llave para la lectura del propio texto. Es un personaje del texto para que el texto se abra a la conciencia lectora. El príncipe tiene, allí, un valor hermenéutico, pero es casualmente el mismo valor que le otorga Tronti a la cuestión teológica en cualquiera de los textos que uno trata. Es decir, ¿qué postula sobre lo humano, qué tipo de humanismo o de historicismo o de inmanentismo acepta o refuta? Y ¿de qué modo cubre la brecha o el “buco” antropológico? Ese “buco” extraordinario que se produce en la fisura de lo humano es apto para decir que hay que resolver o no una cuestión teológica, sobre la que solemos hablar de una manera suave; esto es lo que sugiere Tronti apelando al ejemplo de Benjamin del papel secante: la teología está en un papel secante que ya secó muchas otras cosas. Luego, si uno revisa ese papel realiza un ejercicio paleontológico de la escritura. Ahí se vería que se usó la teología, pero está esparcida, confundida con otros textos, y seca. Creo que esto es una solución para la cuestión teológica

* Fragmentos editados de la conversación mantenida entre Horacio González y Pasquale Serra a propósito del libro de Mario Tronti *El enano y el autómatas. La teología como lengua de la política* (viernes 1 de septiembre de 2017 en el Centro Cultural de la Cooperación).

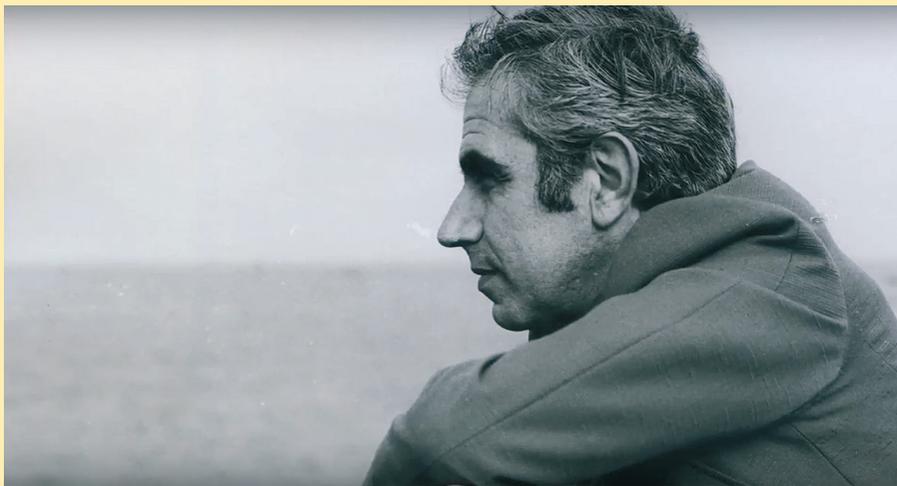
en la política: hablar como del papel secante, no estar todo el día teologizando la política pero, al mismo tiempo, sugerirla con un soplido mesiánico. Con eso yo siempre estuve de acuerdo.

Se nos exige hablar ante la historia, ante un compromiso social y ante sujetos sociales que previamente se definen como habiendo sido ya parte de una reproducción que ellos tenían la misión de entorpecer. Porque es una maquinaria que debe dejar de reproducirlos para ser ellos los que sustituyan a esa maquinaria con otro tipo de trato, de contrato, como se lo quiera llamar. Frente a ello se reponen cuestiones del tipo de la consideración de la historia bajo una forma de esperanza, que si es una esperanza futura puede ser una cierta escatología. Puede, así, retomar vetas de lo teológico-político, más antiguas que las de Benjamin, e incluso llegar como hace Taubes, y Tronti festeja, a San Pablo. Personaje conocido del marxismo de los años ochenta, noventa, en Alain Badiou al menos, como San Francisco está en Toni Negri, o como Jacques Lacan que se dirige a los cristianos sin aclarar que él no lo es (aunque en realidad no parece que no lo sea), incluso el debate entre Joseph Ratzinger y Jürgen Habermas, donde notoriamente la teología política de Ratzinger tiene algo que nos provoca más extrañeza que el seco pensamiento intersubjetivo, comunicacional y racionalista de Habermas. Todo eso hace también de esta intervención, de este libro y de esta lectura algo de singular importancia porque se anima a decir cosas que habíamos considerado por la influencia de Benjamin, de Ernst Bloch en menor medida, de Taubes creo que en bastante menor medida. No en

los comuneros y después los disculpa, luego los defiende y termina haciendo una gran apología de sus muertos como mensaje hacia la humanidad. No había sido leído así y Tronti lo lee de esta manera porque obliga a leer el marxismo bajo ese impulso.

Este libro contiene además una importante discusión de Carl Schmitt con Erik Peterson, creo que desconocida acá –y que Tronti trata con mucha precisión–, respecto a que la Iglesia tridentina no se corresponde con el pensamiento teológico del Imperio Romano que exige el monoteísmo, para equiparar bajo la forma del guión –la forma imperial del guión– la teología cristiana monoteísta y el César romano. Pero la formulación de la Iglesia trinitaria impide el monoteísmo y ello constituye la causa de la caída del Imperio Romano. ¿Se puede pensar así? Teológicamente sí se puede, un historiador social, en cambio, no puede pensar así. Pero la verdadera pregunta a esta cuestión es: ¿qué le debe la historia social al pensamiento teológico? Y si aceptamos que algo le debe la historia social al pensamiento teológico, es evidente que hay que pensar de una manera diferente a la historia social. De modo que la introducción de Tronti, que es una persona de ochenta y seis años, me parece de gran significación porque la suya es una obra muy anterior que no conocíamos y que hoy está siendo pensada a la luz del modo en que el capitalismo se convierte en lo que llamamos sociedad del conocimiento, o sociedad de la información, o viralización, o todas esas expresiones biológico-políticas que son un poco teológico-políticas también.

Me parece que tomar los temas de los otros, de los conservadores, incluso de



vano los últimos años los lectores de Spinoza y toda la teoría política que se realizó en Argentina tienen este latido interno, indudablemente. En ese sentido, cuando Tronti alude a textos de Marx anteriores a estas consideraciones teológico-políticas, como por ejemplo *La Comuna de París*, dice que el recuerdo de Marx de los mártires de la Comuna se adecua perfectamente al juicio final, en el que todo se va a redimir y todos los esfuerzos en pos de una construcción humana diferente van a ser recién ahí considerados. No habíamos leído *La Comuna de París* de Marx en ese sentido, porque es un texto muy impresionante que parte de estar en desacuerdo con

los fascistas –cuestión extraña, difícil– lleva al riesgo bibliográfico y al riesgo político, pero no podemos dejar de hacerlo, porque este libro trata de eso, de qué tomamos de los otros. Creo que hay que recordar a Masotta, un sartriano argentino que hizo evoluciones muy extrañas. Él decía que teníamos que tomar problemas de la derecha, que no podíamos estar al margen de los grandes problemas de la derecha, y eligió uno para ejemplificar: la palabra “destino”. Lo dijo antes de hacerse lacaniano, donde ya todo era destino. Nosotros, los de la izquierda, no podemos estar al margen de los grandes conceptos de la derecha. Tenemos que

traer para aquí o para nosotros el concepto de “destino”. Y Tronti pone el de “tragedia” entre otros. “Tragedia”, uno podría decir, no puede ser de derecha, pero involucra la gran visión de lo que es el género humano cuando se da cuenta de que la pregunta sobre sí mismo nunca se cierra sobre ese sí mismo. Ahí sí se encuentra con las grandes tradiciones trágicas que nada tienen que ver, aparentemente, con la izquierda. Si uno lee los grandes textos revolucionarios del *Novecento*, como dice Tronti, advierte que todo lo teológico-político está en él, la revolución fascista y la revolución soviética. Ahora lo teológico-político habría declinado. Yo cuestionaría esa parte, diría que con más razón hoy no debería declinar lo teológico-político, hoy que no está la Unión Soviética, tampoco podríamos decir que hay una forma del fascismo, excepto la que se alió al neoliberalismo. Entonces este problema fue atravesado, y se está hablando de temas familiares con un modo de expresión de Tronti que me parece que hay que destacar, sumamente sutil. Es el modo de expresión del secante, donde va escribiendo y lee después a través y se pregunta qué ha dicho. Me parece que se trata de una escuela de reflexión, de escritura, la escuela italiana, que tiene lugar en la filosofía argentina. Y tiene lugar por esta amplitud que estaba en Gramsci. Por ejemplo, Gramsci discute con Enrico Corradini. ¿Y quién es Corradini? Un fascista. Dice “porque quiero decirle a Corradini...”. ¡Parece un amigo de Gramsci! Por supuesto, esto ocurre a finales de los años veinte, principios de los treinta. Después de Auschwitz no sé si se podía escribir así. Pero lo cierto es que estamos leyendo a alguien que se plantea que sus enemigos son personas que forman parte de su imaginación teórica, son como compañeros por el revés de su imaginación teórica. Yo siento en Tronti ese tipo de expresión, o sea, auguro una nueva onda de lecturas a través de Tronti de toda la filosofía italiana que vimos hasta el momento. Quienes estamos acá podremos decir “recuerdo el momento en que un libro de Tronti fue presentado en Argentina y abrió un nuevo campo de lectura”.

Horacio González es sociólogo, doctor en Ciencias Sociales, profesor, ensayista y escritor. Ha dictado cursos de grado, especialización y posgrado en distintas universidades argentinas y extranjeras. Fue cofundador de la revista cultural *El Ojo Mocho* y director de Biblioteca Nacional de la República Argentina (2005-2015). Es autor de un gran número de libros de teoría, de ensayos y de ficción, entre ellos: *La ética picaresca* (1992), *El filósofo cesante* (1995), *Arlt: política y locura* (1996), *Restos pampeanos. Ciencia, ensayo y política en la cultura argentina del siglo XX* (1999) y *Filosofía de la conspiración. Marxistas, peronistas y carbonarios* (2004).

Staff: Rector: Carlos Greco. **Director Lectura Mundi:** Mario Greco. **Edición general:** Micaela Cuesta. **Colaboran en este suplemento:** Mario Tronti, Pasquale Serra y Horacio González. **Agradecemos a** Áurea Dias, al Instituto Italiano de Cultura y a todo el equipo de **Lectura Mundi**.